

RACHEL
KUSHNER

Los lanzallamas

Galaxia Gutenberg

Círculo de Lectores

RACHEL KUSHNER

Los lanzallamas

Traducción de
Amelia Pérez de Villar

Galaxia Gutenberg

Círculo de Lectores

Este libro es para Cynthia Mitchell.

Y para Anna, donde quiera que esté (y probablemente no esté).

FAC UT ARDEAT

LOS LANZALLAMAS

I

Le mató con el faro de una moto (que llevaba en la mano)

Valera se había apartado de su escuadrón y estaba cortando los cables del faro de la moto de otro motorista. El motorista, Copertini, estaba muerto. Valera no sintió tristeza y eso era raro, porque Copertini había sido su compañero de fatigas, un colega con el que había recorrido a toda velocidad la Via del Corso, iluminada por neones blancos, mucho antes de que ambos se presentaran voluntarios para formar parte del batallón de motoristas en 1917.

Fue Copertini quien se rió de Valera cuando éste se estrelló con los raíles del tranvía en la Via del Corso. Era una noche de niebla y estaban resbaladizos.

Copertini se consideraba mejor motorista que Valera, pero al final fue él quien dio de cabeza contra un árbol, en la densidad de aquel bosque, por ir demasiado rápido. El chasis de la moto estaba hecho un amasijo de hierros, pero en la bombilla del faro delantero había quedado intacto un filamento que iluminaba un área de suciedad y hierbajos tiesos. La moto de Copertini no era el mismo modelo que la de Valera, pero la bombilla del faro era igual en ambas. Y Valera necesitaba un repuesto. Un repuesto le vendría de perlas.

Oyó el siseo inconfundible de un lanzallamas y el eco disperso de las bombas al caer. Más allá del profundo valle se desarrollaban los combates, cerca del río Isonzo, pero donde él se encontraba todo estaba desierto, apacible: sólo se oía el choque metálico de las hojas de los árboles, mecidas por la brisa.

Había aparcado la moto; había dejado el rifle Carcano amarrado en el soporte trasero, y estaba forcejeando, intentando liberar el faro, girándolo para soltar el casquillo de su receptáculo. Pero se le resistía. Estaba tirando de los cables que lo sujetaban cuando un hombre sur-

gió de pronto de detrás de una hilera de álamos: un alemán, sin duda, con su uniforme verde y amarillo y desprovisto de casco, como un jugador de rugby al que han empujado al combate.

Valera tiró de la pesada carcasa de latón, la soltó, e intentó un placaje. El alemán cayó al suelo. Valera rodó tras él. El alemán comenzó a gatear y trató de asir el faro —que tenía aproximadamente el tamaño y la forma de un balón de rugby, aunque pesaba más— por el manojito de cables que colgaban de él como un nervio óptico cercenado. Valera forcejeó para recuperar el control del faro. En dos ocasiones le dio una patada y lo envió lejos, rozando el suelo, pero de un modo u otro acababa siempre en manos del alemán. Valera logró al fin reducir al hombre: le dio un rodillazo en la cara y le hizo soltar los dedos aferrados al faro. Después de todo allí no recibirían penalización por jugar sucio, nadie les sacaría tarjeta roja en aquellos bosques apartados: el pelotón de Valera estaba a muchas millas de distancia y aquel alemán estaba solo, apartado de su manada, perdido entre los álamos.

El alemán se levantó e intentó abalanzarse contra él.

Valera le golpeó en la cabeza con el faro.

La América espiritual

Me dirigí caminando hasta un lugar protegido del sol mientras me desabrochaba la tira del casco. El sudor me corría por la nuca, me bajaba por la espalda y me empapaba la ropa interior de nailon y las piernas, bajo el traje de cuero. Me quité el casco y la gruesa chaqueta, los dejé en el suelo y abrí los respiraderos del pantalón.

Durante largo rato me quedé allí, observando el correr lento de las nubes, enormes masas mullidas en la parte superior y planas por abajo, como si se estuvieran derritiendo sobre una parrilla caliente.

Cuando volaba por la autopista, a cien millas por hora, no me quedaba otro remedio que pasar por alto ciertas cosas, como el efecto que el viento ejercía en las nubes. No tenía prisa, el tiempo no suponía una presión. Pero la velocidad no tiene por qué ser una cuestión de tiempo. Aquel día, cuando salí de Reno rumbo al este conduciendo una Moto Valera, la cuestión era recorrer aquella línea del mapa de Nevada que llevaba pegado al depósito de gasolina, recorrer la órbita del este de Reno, tan familiar para mí con sus burdeles y sus desgaces, la enorme central eléctrica con sus nubes de humo, su retícula de bobinas y muelles que me recordaban con su vallado al juego de la cuna del gato, algún tren de mercancías ocasional y los meandros del río Truckee, tan poco profundo en verano. Las vías del tren y el río me escoltaron hasta Fernley, donde ambos se apartaban de mi camino y seguían hacia el norte.

Vista desde donde yo estaba parecía que la tierra se había quedado descolorida: había perdido definición y tenía ese tapizado sucio de la autopista y su incesante monotonía. Aceleré. Cuanto más deprisa iba, mayor conexión sentía con el mapa. Éste me indicaba que cincuenta y seis millas después de pasar Fernley llegaría a Lovelock y cincuenta y seis millas después de pasar Fernley llegué, efectivamente, a Lovelock. Iba de un punto a otro del mapa. Winnemucca. Valmy. Carlin.

Elko. Wells. Tenía la sensación de formar parte de una misión, incluso cuando me senté bajo la marquesina de un área de descanso para camiones, con el sudor corriéndome por las mejillas y una brisa anónima, caliente y seca, recorriendo los caminitos que la humedad había dejado en mi ligera camiseta interior. Cinco minutos, me dije. Cinco minutos. Si hubiera estado allí más rato, el lugar que me mostraba el mapa podía salirse de su lugar.

Un cartel de la autopista anunciaba «Schaefer. Cuando tienes más de una». Un azulejo se posó en la rama de un zumaque, bajo las patas que daban soporte al cartel. El pájaro sobrevoló una rama suelta del zumaque: sus plumas eran de un azul uniforme y perfecto, como si le hubieran dado el color con algún sistema industrial. Pensé en Pat Nixon, en sus ojos oscuros y brillantes, sus atuendos de ceremonia, tiesos por el almidón y por los adornos de abalorios. El pelo teñido del color del whisky y cardado hasta formar una onda inmóvil. El pájaro aventuró un silbido corto, un sonido solitario de mediodía perdido en una tira infinita de dispositivos de riego que se extendía junto a la autopista. Pat Nixon era de Nevada, como yo y como aquel pájaro, emblema del estado, tan azul sobre el fondo de la luz del día. Era una ordinaria peinada de peluquería que llegó a primera dama. Y ahora era muy posible que tuviéramos en su lugar a Rosalynn Carter con su voz cristalina y aquella cara amplia, franca y amigable, que irradiaba caridad. Pero a mí me conmovía Pat. La gente a la que es más difícil amar constituye un desafío, y ese desafío hace que resulte más fácil amarla. Uno se siente impulsado a hacerlo. Y esa gente que busca el amor fácil en el fondo no quiere amor.

Pagué la gasolina. De fondo, el murmullo de los hombres que estaban jugando a un videojuego llamado *Night Driver*. Estaban sentados en una especie de cabina muy bajita, hecha de fibra de vidrio moldeada y con un acabado de brillantina; movían los mandos nerviosos, con los nudillos blancos, tratando de evitar los reflectores de los guardarraíles que tenían a ambos lados de la carretera. Las cabinas de fibra de vidrio se movían y balanceaban cuando los hombres trataban de mantenerse firmes y evitar la catástrofe, y perjuraban o golpeaban el volante de muy mala uva con el talón de la mano cuando sus vehículos chocaban y salían ardiendo. Así había sido en las últimas áreas de servicio. Así era como los hombres descansaban de conducir. Poco después se lo contaba yo a Ronnie Fontaine: me pareció que era algo

que Ronnie encontraría especialmente cómico, pero no se rió. Me respondió: «Sí, ya veo. Es lo que tiene la libertad». Yo dije: «¿El qué?», y él: «Que nadie la quiere».

Mi tío Bobby, que se ganaba la vida conduciendo el camión de la basura, pasó los últimos momentos de su vida tirándose de la pierna para soltar el embrague: estaba postrado ya en una cama de hospital, pero su cuerpo seguía empeñado en conducir el camión de la basura, y pisaba el embrague o cambiaba de marcha mientras mi tío se encaminaba hacia la muerte tumbado en una camilla. «Murió trabajando» decían sus dos hijos, impertérritos. Bobby era demasiado mezquino para que ellos le quisieran. Scott y Andy tenían la obligación de engrasar el camión de Bobby todos los domingos de su vida y, ahora que estaba muerto y podían disponer de los domingos a su antojo, ¿qué harían? Pues engrasar sus propios camiones. Bobby era hermano de mi madre. Cuando yo era niña vivíamos todos juntos: mi madre trabajaba por las noches y Bobby nos hacía de padre. Cuando terminaba su turno con el camión de la basura se sentaba a ver la tele, inexplicablemente, desnudo, y nos hacía manipular los botones a nosotros para no tener que levantarse. Preparaba un filete enorme para él y a nosotros nos daba unos *noodles* precocinados. A veces nos llevaba al casino y nos dejaba en el aparcamiento con un puñado de petardos. O jugaba al gallina con los demás coches de la I-80, conmigo y Scott y Andy en el asiento trasero tapándonos los ojos. Me crié en un ambiente temerario y sin sentimentalismos y Sandro utilizó esto contra mí en una ocasión: empezó a comportarse como si yo hubiera aparecido en su vida sólo para atormentarle, cuando era precisamente lo contrario. Pretendía estar coladito por mí, pero yo era quien estaba coladita por él. Sandro tenía el poder. Era catorce años mayor que yo, tenía éxito como artista, era alto y le sentaba bien la ropa de trabajo y las botas con puntera de acero, que eran del mismo estilo de las que usaban Bobby, Scott y Andy. Pero Sandro parecía otra cosa con ellas: un rico heredero capaz de manejar una pistola de clavos o una taladradora, una persona a la que el dinero no afectaba, que vestía a veces como un obrero y a veces como un gandul, pero siempre lucía elegante con la ropa que llevara y nunca se cuestionaba si estaba fuera de lugar (el sólo hecho de cuestionárselo ya demuestra que uno está fuera de lugar).

Sandro tenía sobre la mesa de su estudio una foto suya, sentado en un sofá junto a Morton Feldman con sus gafas de culo de botella.

Sandro tenía un aspecto relajado y estiloso, con una escopeta cargada que sostenía en alto. La longitud del cañón de la escopeta era igual a la mitad de la letra X que cruzaba la fotografía en diagonal, cortando la imagen. Era una foto en blanco y negro, pero se apreciaba claramente que los ojos de Sandro eran de ese azul blanquecino como los de los lobos que les daba una intensidad fría y llena de astucia. La foto se había tomado en Rhinebeck, donde tenían una casa unos amigos suyos, Gloria y Stanley Kastle. Allí Sandro tenía permiso para disparar algunas escopetas y rifles que había ido coleccionando, muchos de ellos fabricados por la empresa de su familia cuando todavía estaban en el negocio de las armas. Las escopetas eran las que más le gustaban. Decía que si alguna vez necesitabas de verdad matar a alguien, eso era lo que te hacía falta: una escopeta. Era su manera de decir al mundo, con ese acento suyo ligeramente italiano, que era capaz de matar a alguien si tenía que hacerlo.

Y las mujeres siempre reaccionaban ante aquella actitud suya: le abordaban delante de mis narices, como la galerista Helen Hellenberger, una griega seria pero muy bella, vestida siempre como si aún estuviéramos en 1962, con un vestido recto negro y el pelo cardado. Nos encontramos con ella en la Calle Spring justo antes de que yo me fuera a Reno a recoger la Moto Valera para hacer este viaje. Helen Hellenberger, con su vestido ceñido y sus zapatos planos, llevaba una enorme cartera de piel que cogía como si fuera una caja de herramientas y declaró que se moría por ir al estudio de Sandro. ¿Es que tenía que rogarle? Le puso la mano sobre el brazo y dio la impresión de que no pensaba moverse de allí hasta que él asintiera. Sandro exponía en la galería de Erwin Frame, y Helen Hellenberger quería llevárselo a la suya. Trató de disuadirla presentándomela, no como su novia sino como «una joven artista que acaba de salir de la facultad», como diciendo «a mí no puedes tenerme, pero aquí hay algo que te podrías plantear». Una oferta que ella tuvo que declinar con una maniobra: así pudo seguir presionando para conseguir una invitación de Sandro a visitar su estudio.

–Licenciada en Arte... ¿dónde? –me preguntó.

–En la UNR –respondí. Pero yo sabía que aquellas iniciales no significaban nada para ella.

–Su obra está muy influida por el Land Art –explicó Sandro– y sus ideas son fantásticas. Hizo una película muy hermosa sobre Reno.

Helen Hellenberger representaba a los artistas más conocidos del Land Art, todos ellos selectos y con una carrera prometedora. Me sentí especialmente cohibida por cómo insistía Sandro en darle información sobre mí y sobre mi obra. Yo no iba preparada para exhibirme ante Helen Hellenberger en aquel momento, y con la actitud de Sandro me sentí insultada, aunque él no se lo propusiera. Pero seguramente lo sabía: encontraba una perversa satisfacción en ofrecerme a mí como sustituta suya.

–Ah, ¿de dónde, decías? –Helen trataba de simular una cortesía de andar por casa, suficiente para satisfacerle a él.

–De Nevada –respondí.

–Bueno... ahora seguro que lo aprenderás todo sobre el arte –sonrió a Sandro como si estuviera depositando un secreto que les pertenecía a ambos–. Si estás con Sandro Valera... Menudo mentor para alguien que acaba de llegar de... ¿Idaho?

–De Reno –dijo Sandro–. Ahora se marcha para allá, para hacer uno de sus trabajos: dibujar una línea que atravesase los salares. Va a ser increíble. Y sutil. Sus ideas sobre el trazo y la delineación son francamente sutiles.

Sandro había intentado rodearme con el brazo, pero yo me había apartado. Sabía qué imagen se había hecho de mí aquella hermosa mujer que se acostaba con la mitad de los integrantes de su agenda, según Ronnie Fontaine, que era uno de ellos: aunque aquello no era más que un pequeño inconveniente en su campaña para representar a Sandro.

–Entonces, ¿te marchas al oeste? –había preguntado justo antes de que se separasen nuestras trayectorias; luego me interrogó sobre los detalles de mi viaje con un interés que no me pareció auténtico. Tardé bastante en rememorar aquella escena, en contemplarla de cerca: ¿*Te vas de la ciudad?* Reno, Idaho. Cualquier sitio... pero lejos.

Cuando me estaba preparando para salir, Sandro empezó a actuar como si yo pudiera no volver nunca, como si le estuviera abandonando, dejándole en manos de la soledad y el aburrimiento, un castigo que se había resignado a aceptar. Levantó los ojos, lamentándose por la cita que Helen Hellenberger se había afanado por conseguir.

–Yo me quedo aquí, a que me coman los buitres –dijo– mientras tú recorres los salares y mis desconocidos adversarios se quedan embobados contigo, babeando, pasmados como idiotas. Porque eso es

lo que provocas: inhibes el pensamiento con la electricidad de tu juventud.

Cuando tienes más de una. Estaba sentada en el área de servicio, mirando aquel cartel publicitario, pensando con toda la ingenuidad del mundo que la electricidad de mi juventud era suficiente.

El vivero de artistas de Land Art de Helen Hellenberger incluía al más famoso de todos: Robert Smithson, muerto tres años antes, cuando yo todavía estudiaba en la UNR. Mi información sobre él y el *Dique en espiral* procedía de la sección de Necrológicas del periódico y no de mi departamento, que era provinciano y conservador (la puñalada de Helen llevaba una verdad en su interior: yo había aprendido con Sandro mucho más que en la facultad). En la noticia se citaba al encargado de construir el *Dique en espiral*: explicaba lo complicado que había sido construirlo sobre barro tan blando y decía que casi le había supuesto perder algunas piezas de equipamiento muy caras, que había arriesgado hombres y excavadoras y que le había pesado aceptar el encargo. Luego aparecía el artista en medio del desierto de Utah luciendo un pantalón de cuero negro, en verano y casi a cincuenta grados. Se citaban también unas palabras de Smithson, declarando que la polución y la industria podían ser bellas y que por eso había elegido aquella parte del Gran Lago Salado para su proyecto, con las vías del tren y los dragados de petróleo, donde se había cortado artificialmente el suministro de agua del lago para hacer subir el contenido en sal de tal modo que allí no podía crecer nada, salvo las algas rojas. Yo había querido verlo enseguida: una obra realizada por un artista neoyorquino con pantalones de cuero que describía el oeste por mí conocido más o menos como yo lo veía: un lugar similar a una pila de desechos que él había encontrado digno de sus atenciones. Así que fui hasta allí; atravesé la parte alta de Nevada y llegué hasta la frontera de Utah. Contemplé el agua, que exhibía múltiples ramificaciones irregulares y blancas de espuma, parecidas a la nieve, pero que se movían como si fueran jabón, temblorosas e ingravidas. Las plantas del desierto, llenas de púas, que bordeaban la orilla, estaban recubiertas de una especie de pelaje que les daba un aspecto escarchado: era la sal. El dique estaba sumergido, pero alcancé a verlo a través de la superficie del agua. Era el mismo basalto de la orilla del lago, pero amontonado de otro modo. Las mejores ideas son casi siempre las más simples, incluso las más obvias, pero a nadie se le han ocurrido hasta ese momento.

Contemplé el agua y la orilla distante del lago, un inmenso recipiente de vaciedad y rocas irregulares; el sol en alto; la calma. Me iría a vivir a Nueva York.

Qué ironía: si precisamente el artífice de aquello había venido desde Nueva York al oeste para hacer realidad sus sueños. Y yo era de allí, de aquel mundo donde la gente usaba casco y conducía camiones de basura y que los integrantes del Land Art habían dotado de un halo de romanticismo... Entonces, ¿por qué Helen Hellenberger fingía confundir Idaho con Nevada? Era una ironía, sí, pero también un hecho, que una persona tenga que vivir primero en Nueva York para llegar a ser un «artista del Oeste». Si es que era eso lo que iba a ser yo. Sandro había hecho su declaración de principios: «su obra está muy influida por el Land Art», pero también había dejado claro que estaba con una mujer muy joven, sin pedigrí y sin logros propios. Esa era su palabra.

Cuando de pequeña esquiaba en las sierras, al trazar aquellas líneas ondulantes, llenas de gracia, me sentía como si estuviera dibujando sobre la faz de la montaña. Así fue como empecé a dibujar, le había dicho a Sandro, cuando tenía cinco o seis años: sobre los esquís. Después, cuando dibujar se convirtió en un hábito, en una forma de vivir y de marcar el tiempo, siempre pensaba en el esquí. Cuando comencé a participar en competiciones, en el eslalon y el eslalon gigante, siempre me sentía como si estuviera siguiendo líneas que ya estaban dibujadas: el desafío técnico, que ensombrecía el desafío básico –terminar con unos tiempos competitivos– era lograr mantenerse limpiamente sobre aquellas líneas ya existentes, pasar por las puertas con el adelanto suficiente, no dejar rastro alguno, porque cuando más hincas los bordes de metal de los esquís, cuanto mayor es el surco que dejas como prueba, más te ralentizas. Nadie quiere dejar tras de sí una estela de nieve espolvoreada: todos queremos avanzar sin dejar huella, avanzar sobre los esquís planos durante el mayor tiempo posible. Los surcos que se marcan alrededor y debajo de las puertas de bambú, las profundas trincheras que se forman cuando la nieve está blanda, han de evitarse a toda costa: para ello hay que avanzar sin tocar el suelo, y eso sólo se consigue cuando uno se pliega a una línea ya dibujada de antemano, una línea trazada con gracia y sin virajes bruscos, sin bordes irregulares, rumbo a la meta.

Las competiciones de esquí eran como dibujar en el tiempo, le dije a Sandro. Al final tenía a alguien que me escuchaba y quería entender: las

dos cosas que más me gustaban en la vida eran el dibujo y la velocidad, y con el esquí podía disfrutar de ambas. Era como dibujar para ganar.

El primer invierno que salí con Sandro fuimos a la casa que los Kastle tienen en Rhinebeck por Navidad. Una noche empezó a nevar fuerte. A la mañana siguiente me prestaron unos esquís de fondo y atravesé con ellos un lago helado: dejé unas marcas en forma de equis e hice unas fotos. «Está muy bien tu equis», dijo Sandro. Pero yo no estaba del todo satisfecha con aquellas marcas: demasiado esfuerzo, y cada tres metros se veían las marcas de los bastones. El esquí de fondo es como correr, como caminar: contemplativo y aeróbico. Y el rastro que se deja es mejor si es limpio, si se hace a una velocidad que no es natural. Pregunté a los Kastle si podían prestarme su camión. Hicimos unos donuts en la pradera cubierta de nieve que había detrás del lago helado: yo giraba el volante como me habían enseñado a hacer Scott y Andy, y Sandro se moría de risa cuando las ruedas del camión resbalaban. Hice unas marcas circulares sobre la pradera, y tomé algunas fotos. Pero no era más que una diversión campestre. En mi opinión, el arte tenía que salir de esa soledad que te vuelve introspectivo: sentía que tenía que implicar cierto riesgo, un riesgo genuino.

Casi había consumido mis cinco minutos de descanso. Volví a hacerme la trenza, que me había deshecho porque tenía el pelo todo enredado por el viento y lleno de nudos en los sitios más extraños, por el almohadillado del casco.

Los camioneros estaban discutiendo por el color de un camión. Un trailer púrpura brillaba como un polo de uva entre las hileras de semirremolques. Un vaso de cola voló y se estrelló en su calandra, emitiendo su voto con un estrépito de cubitos de hielo. Los hombres se rieron y comenzaron a dispersarse. Nevada tenía un tono, una luz, una inercia que formaba parte de mí. Pero regresar ahora la hacía parecer diferente. Yo me había ido. Y estaba allí no porque no tuviera otro remedio, sino para hacer algo. Para hacerlo y regresar después a Nueva York.

Uno de los camioneros me habló al pasar.

—¿Eres tú la dueña?

Durante un momento pensé que se refería al camión. Pero adelantó la barbilla, señalando la Moto Valera.

Le dije que sí y continué haciéndome la trenza.

Él sonrió, amigable.

—¿Sabes una cosa?

Le devolví la sonrisa.

—No estarás tan guapa cuando te saquen de la carretera los de emergencias, metida en una bolsa.

«Todo vehículo con ganado vivo tiene que pasar por la báscula». Pasé de largo junto a la báscula, metí tercera, y cuando iba acelerando para meter cuarta alcanzaba ya las setenta millas por hora. Veía los picos irregulares de las altas montañas, la nieve que resistía al verano filtrada por la neblina del desierto hasta adquirir el tono tostado claro de un panty. Iba a ochenta. No estarás tan guapa. A la gente le encanta la fatalidad. Lo subrayé en mi cabeza todavía en cuarta, esperando.

La luz hizo un guiño al tocar algo plateado, en el carril derecho, a lo lejos. Dejé de acelerar, pero no aminoré. A medida que me acercaba reconocí la silueta redondeada de la trasera de un Greyhound, tan familiar. Eso forja el carácter, decía mi madre. Mi madre había conducido autobuses sola, a principios de los cincuenta: un episodio que tuvo lugar poco antes de que yo naciera y que nunca se explicó. No parecía muy coherente: una mujer joven conduciendo autobuses por ahí, echándose agua fría en la cara en los aseos de las gasolineras. La película pasaba por mi cabeza en blanco y negro, con la luz cortada en franjas. Una película de mujeres desesperadas estranguladas con el cable de un teléfono. O bebiendo solas en una playa con el dinero encima, bajo el cielo nublado, con gafas de sol: la vida de mi madre no era tan glamurosa. Mi madre era operadora de una centralita, y si en su pasado había algo parecido al cine negro, era sólo la parte que se refiere al coraje: fue una mujer pobre y sola, algo que en una película bastaba para añadir intriga, pero que en la vida sólo sirvió para atraer a mi padre. Él se marchó cuando yo tenía tres años. Toda la familia dijo que había sido una suerte que se fuera, y que el tío Bobby sería mejor padre para mí de lo que lo habría sido el mío. Al acercarme al Greyhound, lista para adelantarle, vi que las ventanas tenían unas rejillas y los cristales tintados. De los paneles inferiores, sueltos, salía humo descontroladamente. En el costado llevaba escrito un letrero:

«CORRECCIONAL DE NEVADA». Una cárcel sobre ruedas, con pasajeros que no podían ver el exterior. Aunque tal vez sería peor verlo. Una vez, de pequeña, iba con mi bicicleta rodeando la cárcel del condado, y vi a un hombre que me miraba desde la ventana con barrotes. Caía una lluvia fina. Me detuve pedaleando y levanté la vista para ver su rostro, enmarcado por una masa de pelo rubio y grasiento que caía hacia abajo, atraído por la gravedad. La lluvia era casi imperceptible. Pasó un brazo por entre los barrotes. Para tocar la lluvia, pensé yo. Pero me hizo un gesto obsceno con el dedo corazón.

«Reserva tu libertad para un día de lluvia», había escrito alguien en la pared de los baños de Rudy's, el bar del SoHo: un lugar al que a Sandro y Ronnie les gustaba ir a beber algo. Se quedó allí, escrito sobre los lavabos, a la altura de los ojos, durante todo el verano. Sin réplicas ni tachaduras. Sólo ese mandato llano y simple que te asaltaba cuando levantabas la cabeza y colocabas las manos bajo el grifo.

Adelanté al autobús, metí quinta y me puse a noventa millas por hora, con la aguja naranja fija en la esfera del velocímetro negro. Me agazapé tras el carenado. Me encantó ese carenado en el mismo momento en que vi la moto en aquel concesionario de Reno, donde la compré. Metalizado, de ese color verde azulado del hielo grueso. Una 650 Supersport nuevecita. En realidad era un modelo del 77... del año siguiente. Tan nueva que nadie en Estados Unidos tendría una, aparte de mí. Nunca había visto una Moto Valera de ese color: la que tuve en mis años de universidad, un modelo del 65, era blanca.

Título de la edición original: *The Flamethrowers*
Traducción del inglés: Amelia Pérez de Villar

Publicado por:
Galaxia Gutenberg, S.L.
Av. Diagonal, 361, 1.º 1.ª A
08037-Barcelona
info@galaxiagutenberg.com
www.galaxiagutenberg.com
Círculo de Lectores, S.A.
Travessera de Gràcia, 47-49, 08021 Barcelona
www.circulo.es

Primera edición: marzo 2014

© Rachel Kushner, 2013

© de la traducción: Amelia Pérez de Villar, 2014

Procedencia de las ilustraciones: p. 98, fotograma de la película *Wanda*, por cortesía de Televentures Corp, Marco Joachim y Leo Kazan; p. 156, fotografía de Richard Prince, por cortesía del artista; p. 208, fotografía de Larry Fink, por cortesía del artista; p. 292, fotografía de Aldo Bonasia, por cortesía de Davide Bonasia; p. 386, fotograma de noticiero cinematográfico, cortesía de Cinecittà, Derechos reservados.

Canciones reproducidas en el texto: p. 83, «There is Something on Your Mind», tema de Big Jay McNeely © Big Jay Swings Publishing (BMI)/Administrado por Bug Music, Inc., compañía de BMG Chrysalis. Derechos reservados. Uso autorizado, 1957 (renovado en 1985). Reimpresión por cortesía de Hal Leonard Corporation; p. 204, «He Hit Me (And It Felt Like a Kiss)», composición de Gerry Goffin y Carole King e interpretada por The Crystals © Screen GEMS-EMI MusicInc., 1962 (renovado en 1990). Derechos reservados. Uso autorizado. Reimpresión por cortesía de Hal Leonard Corporation; p. 335, «Young Girl Blues (Saturday Night)», tema de Donovan Leitch © Donovan (Music) Limited/Administrado por Peermusic Uk Ltd., 1967. Derechos reservados. Uso autorizado.

Reproducción de «The Applicant», del libro *Ariel*, de Sylvia Plath, p. 402:

© Ted Hughes, con la autorización de Harpercollins Publishers, 1963.

© Galaxia Gutenberg, S.L., 2014

© para la edición club, Círculo de Lectores, S.A., 2014

Preimpresión: María García

Impresión y encuadernación: xxxxxxxx

Depósito legal: B. 24105-2013

ISBN Galaxia Gutenberg: 978-84-15863-81-6

ISBN Círculo de Lectores: 978-84-672-5807-3

N.º 34371

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede realizarse con la autorización de sus titulares, a parte las excepciones previstas por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear fragmentos de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45)